

Educación con otra conciencia: Educación, transdisciplinariedad y filosofía*

Por Raúl Domingo Motta

En este trabajo se esbozan las condiciones de posibilidad para constituir otra subjetividad vinculada con la conformación de un proyecto educativo a partir de la emergencia de una organización transdisciplinaria asociada a los desafíos del presente y no a la reproducción de una sociedad global clausurada.

1. Introducción

“Educar con otra conciencia” implica para mí, la posibilidad de constituir otra subjetividad. Un proyecto educativo consistente en la creación social de un sujeto planetario con capacidad de invención y transformación del entorno.

En realidad, el actual sujeto que la educación reproduce es también inventivo y transformador, pero se encuentra reducido a una idea de producción destructora y consumista, expresión esta última redundante, porque consumere en latín, quiere decir destruir. La educación que quiera educar con otra conciencia deberá asumir que ese imaginario productivo, económico y político es inviable, más allá de que su actual desarrollo se efectúa como si ello no fuera cada vez más evidente.

Pero si ha de haber un cambio, este no puede realizarse por decreto, sino mediante la creación de condiciones para ello. Si la educación reproduce sujetos que se adapten a lo ya establecido pues entonces,

los problemas que amenacen el estatus quo serán ignorados o se transformarán en algo peor: el futuro de lo impensado. Un poco o mucho de ello sucede con la crisis actual del sistema financiero mundial, el cambio climático y la crisis energética, entre otros. No es posible educar con otra conciencia si no se parte de esta circunstancia.

Por ello, es necesario otro tipo de sujeto muy distinto a la reproducción conformista en el mejor de los casos, de un individuo que intenta adaptarse a una situación clausurada e insostenible. No se trata de sustentabilidad, sino de recreación y regeneración de condiciones de vida más humanas.

Desde el punto de vista de la gestión de los conocimientos, tan de moda en la actualidad, suponer que sólo es necesario la reproducción de lo dado o de aquellos saberes útiles a la performance de la productividad, implica favorecer ciertos saberes y su orden actual: fragmentación, mercantilización y analfabetismo funcional y de los otros. Una sociedad del conocimiento parcialmente productiva y excluyente.

Educar con otra conciencia es cuestionar la organización de los saberes y conocimientos establecidos, sobre la base de la constatación de que no coinciden ni son, tal como están, accesibles para la resolución del orden y la prioridad de los problemas que las sociedades del presente enfrentan cotidianamente.

El cuestionamiento de la organización de los saberes y de los conocimientos establecidos implica también, cuestionar sus instituciones. Ello explica de paso, parte de las resistencias que produce cualquier cuestionamiento de los saberes institucionalizados. Pero toda sociedad en su proceso de generación e invención de estrategias de supervivencia y desarrollo, necesita reflexionar sobre el estado de situación y la legitimidad del orden de sus saberes y de sus verdades. ¿Será esto lo que está en juego en las reflexiones en torno a la transdisciplinariedad? Veamos.

2. El desafío transdisciplinario

Entiendo por transdisciplinariedad a una disposición del espíritu individual o colectivo, de no fijarse y clausurarse en una estructura determinada de la organización de los conocimientos y las disciplinas que, sin renegar de la transitoria eficacia productiva de las estructuras y campos de saberes vigentes, las atraviesa para explorar (inventiva y creativamente) una nueva y posible rearticulación de aquellas, en función de los desafíos que la necesidad y la inquietud de una vida humana, imponen a un sujeto en permanente búsqueda de su cultura, la verdad y la sabiduría.

Como afirmó Roger Caillois:

No podría ser de otra manera [el espíritu transdisciplinario]. Lo cual no significa que para la búsqueda misma, no traiga inconvenientes que cada cual, como topo eficaz y miope, limitado a su corredor particular, opere como franco tirador absoluto, como minero que profundiza su galería en la ignorancia casi completa de los descubrimientos que los obreros fraternos hayan podido hacer en galerías vecinas, con mayor razón de los resultados adquiridos en obras lejanas. Sería menester que existieran en todo nivel relevos, anastomosis, puestos de coordinación, no sólo donde el botín se encontrara reunido, sino sobre todo donde las gestiones fueran confrontadas. En la investigación rigurosa, el genio consiste casi siempre en pedir prestados un método que se reconoce bueno o una hipótesis fértil y en aplicarlos donde aún nadie había imaginado que pudieran servir.¹

La fuerza de una vida cualquiera y la inquietud que entrelazan los sujetos ávidos de soluciones y respuestas satisfactorias a sus problemas e interrogantes, hace que cada fijeza estructural de la organización del conocimiento (y su institucionalización entendida como verdad política y epistemológica), se pague con la ocultación de cuanto ignoramos y con el acrecentamiento de la reiteración de viejos éxitos que puedan ornamentar terrenos estériles o desconocidos.

La convergencia exitosa de conocimientos y disciplinas coronados con el saber y la

verdad, por una articulación interdisciplinaria feliz, no garantiza su perduración ni como saber ni como vínculo interdisciplinario. Porque tarde o temprano, se transformará en un fósil organizacional o pedagógico, convertido en un probable obstáculo epistemológico: orden, estructura, signo, norma, concepto, ley, institución, disciplina, método o precepto. En este caso, la disociación y la divergencia audaz pueden, con fortuna, donar la felicidad de la aguda articulación de ayer. Porque, como dice el poeta, toda fijeza es vértigo y en el conocimiento como en la vida, todo nuevo refugio termina siendo una antigua trampa.

Hay saberes que parecen eternos por reiterativos, pero su relativa fugacidad se haya asociada a la precariedad humana de toda verdad y de toda universalidad. Frente a ello, la transdisciplinariedad puede ser una transitoria red de frágiles puentes entre los problemas y desafíos transversales de la vida humana (el conocimiento, la vida, el universo, la historia, la naturaleza, la mente, la muerte, etc.) y la metamorfosis de los conocimientos y sus objetos.

Así como sólo hay método en la estéril vigilia de la búsqueda del momento de lo nuevo (inspiración, hallazgo, invención y creación), también lo hay en la disipación de las ilusiones y en la determinación de los errores.

Para responder a la pregunta ¿qué transdisciplinariedad se precisa para nuestros actuales desafíos? tal vez, sea necesario más que un método, una poética que impulse las disposiciones del espíritu para crear la or-

ganización de los conocimientos más adecuada a los desafíos y las urgencias de la humanidad.²

Una humanidad cuyo destino es la urgente comprensión de su humana condición planetaria con la finalidad de superar los peligros de su supervivencia en la Tierra. Digo poética y no metódica porque este desafío implica la inauguración de un camino y un destino planetario.³

Una poética que atravesase la ruina de antiguos castillos de arena que sólo sirven para una pedagogía de cenotafios y para un mercado de souvenirs.

Esta poética tal vez y sin quererlo, ponga en evidencia a una voluntad de efemérides, que no puede reemplazar la ausencia de una verdadera decisión política con la fuerza de una acertada convocatoria de alternativas autónomas.

Porque, por más que repitamos las palabras “complejidad” y “transdisciplinariedad” como poderosos talismanes o reemplacemos viejos términos, esquemas y discursos con ellas, seguimos disociando la disposición de la posición, los conceptos del lenguaje y su pensar, la complejidad del método y el método de la experiencia.

Porque no puede haber ni creación ni innovación por decreto o resolución, como tampoco puede haber transdisciplinariedad por decisión académica y furor evaluativo, cuando las propias universidades como organizaciones transdisciplinarias, se ignoran como tales.

De esta manera, estamos muy lejos de crear las condiciones efectivas de posibilidad de un sujeto transdisciplinar en función de un proyecto que no confunda el mapa con el territorio, como le sucedió a aquel emperador chino que Jorge Luis Borges halló en una imaginaria enciclopedia.⁴

Tampoco podemos desconocer, por un lado, la historicidad de la noción de disciplina y de las propias disciplinas; y por el otro, la relativa presencia de dinámicas multidisciplinares e interdisciplinares, que caracterizan la actividad de todo campo científico, con su correspondiente tensión entre la voluntad de autonomía y la necesaria búsqueda transfronteriza de nuevos componentes.

La posibilidad de construir un sujeto transdisciplinario como quieren algunos reformadores de la educación, implicaría un esfuerzo permanente de desconstrucción creadora de una cultura prosaica y reductivamente funcionalista que incluso debería contemplar también, a las propias ideas, creencias y métodos educativos.

De otro modo, el discurso aparentemente innovativo apenas oculta una cultura académica de la reproducción pedagógica funcional de lo dado, bajo un corpus esquemático y acrítico, asumido como representación de lo real que cohibe toda voluntad regenerativa y toda búsqueda de autonomía responsable.

En las actuales propuestas de reformas universitarias este problema no tiene lugar porque se observa en ellas, que lejos de una

búsqueda de sus bases regenerativas y de un cuestionamiento del orden político, social y laboral, promueve el aumento de la eficiencia y la eficacia de sus subsistemas, en función de indicadores de producción y preformatividad, totalmente alejados del actual malestar social y cultural de la mayoría de las personas que habitan nuestro planeta.

Recuérdese que los analistas económicos del momento alertan sobre la posibilidad de que a mediados de este año, tengamos la “feliz” situación de cincuenta millones de desempleados.

Mientras, en las distintas reuniones de rectores que se realizaron en varios países de la Unión Europea el año pasado, lo único que se escuchó fueron reclamos de más recursos económicos para adecuar sus instituciones al “éxito” de las políticas de mercado e internacionalización de la economía y a la producción innovante, como motores del “desarrollo” y el “progreso”, dos valores modernos hoy muy cuestionables. Nadie duda que las universidades necesiten de una reforma, de hecho desde su nacimiento institucional las reformas han sido connaturales a sus fines, lo que sí se puede poner en duda, es si estas reformas deben hacerse sobre la base exclusiva del paradigma productivista, global o no.

Se suma a ello, el desfondamiento del discurso específico de las ciencias sociales y humanas (como parte de la ausencia general de fundamento para el conocimiento que desde Martín Heidegger caracteriza a nuestra época), que ha llevado a una bús-

queda de nuevo rumbo, muchas veces incursionando en el viejo terreno -en un principio negado- de la filosofía, encausando sus conceptos para sus propios objetivos o inscribiéndose en alguna línea de investigación filosófica, pero sin reconocerla como tal; como por ejemplo, puede observarse en temas como el sujeto, el conocimiento, la ética, la lógica y otros.

Otro aspecto que complica el panorama es que estos mismos temas, también son objetos de estudio de otras disciplinas, que incluso, exceden su campo y elaboran opiniones y teorías semejantes al discurso filosófico, pero sin el rigor del mismo, como por ejemplo, científicos provenientes de la biología y la física que luego, son tomados como base y fundamento de los discursos en otros campos del saber, como es el caso de las llamadas “ciencias de la educación”. Un ejemplo de ello, y tema de moda en el ámbito académico, es justamente el problema de la transdisciplinariedad de los saberes y conocimientos, como un borroso espacio de intercambio de discursos fragmentarios, con muy poco rigor, que pretende replantear el orden y la organización de los conocimientos, muchas veces asociados a la urgencia de transformación de los programas de las instituciones educativas.

Incluso ya se postulan especialistas en el tema y se proponen líneas “disciplinares” de investigación que lo mezclan con los viejos discursos de siempre, sumándose sin quererlo, a los infructuosos esfuerzos para resolver el problema de la inercia hiperespecializada de los conocimientos científicos y su consecuente esclerosis

mental. El especialista aislado y descontextualizado, según la conocida fórmula de Chesterton, sabe cada vez más de un campo cada vez más pequeño, en marcha hacia ese límite catastrófico en que lo sabrá todo de nada.

Es cierto que en muchos campos científicos existe una tendencia reorganizadora, cuya finalidad es integrar dos o más campos disjuntos y desconectados entre sí, en función de una mejor producción de conocimientos, la unión hace la fuerza. También es cierto, que no todos los proyectos de articulación y cooperación han dado los mismos frutos. Un buen ejemplo del primer caso son las ciencias de la tierra y la neurociencia; y del segundo, la sociobiología y las ciencias cognitivas. Pero la convergencia de los campos científicos no es eterna ni lo puede ser, porque su finalidad no es la integración por sí, sino la búsqueda de la verdad.

En ese sentido, puede suceder que una divergencia exitosa de un campo otrora integrado, pueda retroactuar sobre aquel y producir una escisión o fractura del mismo. De igual manera sucede con la integración de los campos tecnológicos, cuyo objetivo es la eficiencia a través de la innovación con su concomitante producción de fracturas y divergencias, que como señala Jean-Francois Lyotard, incluso hasta se favorecen e impulsan.⁵

Tampoco se debe confundir interdisciplina con transdisciplina y en el caso de la utilización de este último término, una cosa es hablar de una actitud transdisciplinar y otra cosa de la constitución de un metasistema

transdisciplinar, como más abajo afirma críticamente Georges Gusdorf.

Conformar una cooperación multidisciplinar en torno a un desafío o una urgencia, es un laborioso esfuerzo, a pesar de que las partes no tienen nada que perder, ya que no sufren ningún tipo de perturbación en un proceso que suma sin transformar.

En el caso de una articulación interdisciplinar exitosa, el esfuerzo ha sido mucho mayor y su impacto también, ya que una de las partes articuladas ha sufrido una modificación profunda, sea por una fecundación proveniente de una idea o por la transformación de su método, un ejemplo de esto ha sido la biología evolutiva. Otras veces las articulaciones son prematuras y en vez de ayudar conducen al fracaso.

En las actuales propuestas de reformas universitarias este problema no tiene lugar porque se observa en ellas, que lejos de una búsqueda de sus bases regenerativas y de un cuestionamiento del orden político, social y laboral, promueve el aumento de la eficiencia y la eficacia de sus subsistemas, en función de indicadores de producción y preformatividad, totalmente alejados del actual malestar social y cultural de la mayoría de las personas que habitan nuestro planeta.

Con respecto a entender la transdisciplinaria como un objeto metasistémico permanente, además de ser peligroso, en muchos casos, esta propuesta se ve contaminada acríticamente de holismo, panteísmo y gnosticismo.

Por otro lado, no se entiende muy bien si ese objeto metasistémico es a su vez, un sistema que comprende a los conocimientos científicos o también, incluye a las ideologías del pasado y el presente, a las creencias y a los saberes en general.

En caso de decidirse por lo anterior, la cuestión no deja de ser oscura, porque tendría al menos, que demarcarse sus diferencias y luego mostrarse con rigor, los aspectos articuladores en el contexto de las mismas. Pero parece inviable porque dicho objeto sería, en caso de ser posible, un monstruo fugaz, causado por el propio historicismo de los conocimientos y sus verdades. La persistente dificultad para encontrar metaconceptos articuladores o integradores no reductivos entre las ciencias humanas, las ciencias de la vida y las fisicomatemáticas nos persuaden de ello.

Sin embargo, existen problemas transdisciplinarios tanto parciales como abarcadores, que pueden articular e integrar algunos campos disciplinares adyacentes o problemas que afecten a todo el sistema científico, como por ejemplo, la incorporación del modelo sistémico al enfoque metodológico de base en cada disciplina, sobre el supuesto de una visión compleja de los fenómenos en general.

De todos modos, el mayor desafío de toda integración y articulación de los conocimientos es su constante metamorfosis y su consecuente historicismo, que descalifica tarde o temprano, la permanencia de cualquier proyecto transdisciplinario que en función de ello debería declararse biodegradable.

Lo anterior, recuerda el proceso de desgranamiento interior de la filosofía, donde se experimentó la tensión entre la autonomía y la futura escisión de sus subcampos y la posterior necesidad de articular aquellas fracturas en función de una visión unificada del mundo. Aristóteles, Santo Tomás, Hegel y otros han elaborado con objetivos y contexto distintos, cada uno en su tiempo, una propuesta de síntesis de los conocimientos y experiencias por medio de instrumentos que ellos mismo crearon y aplicaron para tales fines.

Platón, San Agustín, Descartes, Kant y Heidegger se enfrentaron a momentos opcionales y al mismo tiempo regenerativos, donde la crisis de la visión unificada de un mundo, convivía con la emergencia de conocimientos que desplazaban la organización epistemológica heredada y creaban alternativas ontológicas a las que había que dar respuestas lógicas, éticas y políticas. Por supuesto, todas criticables y discutibles en el marco del ágora trascendental de la filosofía, entendida esta como proyecto de autonomía del pensamiento de parte de un sujeto que se autoafirma como reflexivo, autónomo y crítico.

3. La filosofía y la transdisciplinariedad

Antiguamente era la filosofía la que se consideraba la madre de todas las ciencias o al menos eso era lo que postulaba, ello bastaba al menos, para que la visión transdisciplinaria sobre la unidad del saber y su relación con la sociedad, sea vista como un problema

esencial para la realización de la vida política (cultural y económica) de las sociedades o en todo caso, más específicamente y como precisara Spinoza, para el que piensa y vive una vida humana.

Pero paradójicamente, la dificultad que inmediatamente sale al paso, cuando se intenta realizar un panorama crítico del estado de la filosofía contemporánea, es la dispersión de esta modalidad de pensamiento en una diversidad de escuelas y líneas de investigación (en permanente conflicto y exclusión), que presuponen que ésta es una disciplina académica entre otras.

En su época, el filósofo alemán G. W. Leibniz (1646-1716), incansable constructor de modelos de organización de los conocimientos y promotor e integrador de academias de sabios, observaba las características de uno de los principales obstáculos para el encuentro y la organización de la dispersión de los saberes y conocimientos, pertenecientes a los distintos espacios de producción del sistema social:

El género humano, considerado en relación con las ciencias que sirven a nuestra felicidad, me parece semejante a un rebaño de gente que marcha en confusión por las tinieblas, sin tener ni jefe ni orden ni palabra ni otro signo con que regular la marcha y reconocerse. En lugar de caminar de la mano para guiarnos y asegurar nuestros pasos, corremos a lo loco y de través, chocando unos contra otros, lejos de ayudarnos y sostenernos [...]. Vemos que lo que más podría ayudarnos

sería aunar nuestros trabajos, compar-tirlos con ventaja y regularlos con orden; pero, por el momento, apenas se llega a lo difícil y que nadie ha esbozado aún, y todos corren en masa a lo que otros ya han hecho, o se copian e incluso se com-baten eternamente ... ⁶

El antiguo problema de la construcción del árbol de las ciencias como unidad del saber, hoy es reeditado por la cibernética y los desafíos de la gestión del conocimiento de las empresas que compiten en el mercado, es un problema político y no meramente académico y científico. La “Casa de Salomón” de la NUEVA ATLÁNTIDA de Bacon publicada en 1627, proponía la existencia de un espacio de investigación transdisciplinario al servicio de la humanidad, esto implicaba una política. Jean Amos Komenski (Comenius), teólogo, filósofo y pedagogo, casi en la misma fecha se refirió al grave problema del aislamiento y egoísmo epistemológico de las disciplinas e ideó una pedagogía de la unidad que denominó panshopia.

Incluso, el sistemismo (Teoría general de los sistemas), al que hacemos referencia en este trabajo, no deja de ser parte de una aspiración permanente por encontrar modelos y formas abstractas y transversales que contengan las multiplicidades de aquello que observa y pretende modelar.

Puede decirse que el místico catalán Raimundo Lulio (1235-1316), procuró encontrar el ars magna, un arte del pensamiento que permitiría el descubrimiento genético de las raíces comunes del árbol de la ciencia. Así, el ars magna se asocia a toda una

tradición que incluso, involucra a los caba-listas judíos y cristianos, a los herméticos, la poesía moderna y contemporánea, hasta llegar a la cibernética de nuestros días, pasando desde luego, por el arte combinatorio de los leibnizianos y la búsqueda de la lengua universal o de la “característica” universal (antecedente entre otros, de la semiótica). Desde los enciclopedistas hasta la epistemología de Jean Piaget y el proyecto transdisciplinario de Edgar Morin, vulgarmente conocido como Pensamiento Complejo, se intentó dar cuenta del problema de la unidad del saber o al menos, de sus condiciones de posibilidad efectivas regionales y globales. Un ejemplo de transdisciplinariedad como modelo transversal de la ciencia y de una determinada relación con la sociedad, ha sido la filosofía positivista y su epistemología hegemónica.

Modelo en franco retroceso y que está siendo reemplazado por el sistemismo, aunque muchas veces, este no supere un neopositivismo de la estructura, la visión funcionalista y un materialismo ingenuo.

Otro aspecto que no hay que olvidar son las diferencias de los contextos sociales, sobre todo en función del estatus, la legitimación y los factores sociales que condicionan la dinámica de los saberes y conocimientos, su articulación, exclusión y jerarquización. Porque es preciso comprender que el problema de la organización de los conocimientos y los saberes de la humanidad, no se reducen a una cuestión de orden pedagógico, o a un desafío de gestión del conocimiento para decisores comprometidos con la organización de entidades productivas.

Tampoco se reduce a la comodidad de los expertos de bases de datos extraviados en la multiplicidad de ontologías, que dicha heterogeneidad organizacional implica, sino que en rigor, es un problema de bien común y de lo que se entienda por ello. Porque en principio, hemos empezado por entenderlo mal y reducirlo a la idea que la llamada visión neoliberal tiene sobre “servicios públicos”.

Mientras tanto la futura organización transdisciplinaria que desde los años 70 se pretende construir, como bien ha señalado Georges Gusdorf, en los estudios publicados por la división filosofía de la UNESCO a principios de los ´80, sigue siendo hoy un “sillón vacío”.

En efecto en aquellos estudios afirmó:

...la noción de transdisciplinariedad enuncia la idea de una trascendencia, de una instancia científica capaz de imponer su autoridad a las disciplinas particulares; designa quizás un hogar de convergencia, una perspectiva de objetivos que reunirá en el horizonte del saber, según una dimensión horizontal o vertical, las intenciones y preocupaciones de las diversas epistemologías.

Puede tratarse de un metalenguaje o de una metaciencia, pero, en la estrategia del saber, el orden transdisciplinario define una posición clave, con cuya posesión soñarían todos aquellos que están atormentados por las ambiciones del imperialismo intelectual. El matemático está inclinado a pensar que la matemá-

tica es la ciencia de las ciencias; el historiador reclama el mismo título para su propia disciplina, a pesar de que otros pueden reivindicar esta prioridad para el conocimiento biológico (historia natural, biología, psicología, medicina). La transdisciplinariedad, tal como se practica, es un sillón vacío en el que todos ambicionan sentarse; corresponde a uno de los principales fines en la feria de las vanidades intelectuales.⁷

Pero en el fondo, lo que pronto se descubre en los intentos de construcción de estos enfoques, es que no conviene tratar los problemas epistemológicos de la articulación de los saberes sin una decisión sobre qué significa pensar lo real y cuál ha de ser el valor de su verdad y de las verdades parciales y transitorias que la ciencia aporta a las sociedades.

No es posible separar la epistemología de una ontología y tampoco de una relativa relación con los supuestos y las consecuencias políticas.

El actual dominio maquinal de la razón (como una modalidad del espíritu humano entre otras), sobre el conjunto de las acciones de los hombres, sus productos y actividades, convergen en una tecnociencia depredadora y cómplice de los excesos del mercado.

Esa tecnociencia fragmentada y fragmentadora que no debe confundirse con las aspiraciones de la ciencia, tal vez, no se pueda revertir mediante reuniones de sabios que promuevan la reforma del entendimiento y

de académicos. Los cuales merodean en torno al tema, con sus fantasías sobre la unidad del saber.

Ambos (sabios y académicos) se hayan situados en su mayoría, en universidades que han extraviado hace tiempo la idea de universitas del conocimiento y de los saberes, en función de la evaluación y la presión exógena sobre la eficacia de sus ofertas y de la extensión de sus consultorías.

En general, el problema transdisciplinario se encuentra asociado implícita o explícitamente a una concepción del mundo y de la sociedad (ideología).

Pero concepción del mundo, ideología y filosofía no son lo mismo y gracias a ello, una verdadera revisión transdisciplinaria desde la filosofía, debería conllevar una profunda crítica a la concepción del mundo presupuesta acríticamente en esta idea, ya que es esta concepción del mundo la que sirve de soporte al imaginario que configura las dinámicas de la fragmentación de los conocimientos y de los saberes como complemento de la división del trabajo productivo.

Hace unos años se refería a esto Louis Althusser cuando afirmó que las insistencias en consignas interdisciplinarias, a pesar de su necesidad específica o realidades objetivas consideradas importantes, también podrían obedecer a razones ideológicas, para inmediatamente señalar, en primer lugar, que la filosofía no es una disciplina interdisciplinaria ni la teoría general de la interdisciplinariedad.

En segundo lugar, que aunque las razones que pretendan justificar la objetividad de la necesidad de un esfuerzo interdisciplinario, como por ejemplo, la existencia de problemas globales, no pueden dejar implícito el asunto y no tratar críticamente sobre de qué tipo de globalidad estamos hablando, etc. Buena parte de estos razonamientos son válidos en el presente para las propuestas de la transdisciplinariedad.⁸

Pero en los hechos gran parte de la filosofía se encuentra atrapada en este maquinismo racional y mutilador, como muy bien lo supo ver Martín Heidegger.

No es otra cosa que lo señalado por Jean-Francois Lyotard sobre la situación del conocimiento en su informe al CONSEIL DES UNIVERSITÉS del gobierno de Quebec, a mediados de los ochenta, y más tarde, conocido como LA CONDICIÓN POSTMODERNA.

Al respecto afirma:

Se puede, por consiguiente, esperar una potente exteriorización del saber con respecto al “sabiente”, en cualquier punto en que éste se encuentre en el proceso de conocimiento. El antiguo principio de que la adquisición del saber es indisociable de la formación (Bildung) del espíritu, e incluso de la persona, cae y caerá todavía más en desuso. Esa relación de los proveedores y de los usuarios del conocimiento con el saber tiende y tenderá cada vez más a revestir la forma que los productores y los consumidores de mercancías mantienen con estas últimas, es

decir la forma valor. El saber es y será producido para ser vendido, y es y será consumido para ser valorado en una nueva producción: en los dos casos, para ser cambiado. Deja de ser en sí mismo su propio fin, pierde su “valor de uso”.⁹

Un ejemplo de ello son las afirmaciones de los expertos sobre gestión de los conocimientos que intentan aproximarse al problema de la transdisciplinariedad y a la discusiones sobre reforma de las universidades, en función de la existencia de una sociedad del conocimiento en proceso, que convoca a estas últimas, a la globalización de sus estructuras curriculares.

Pero estos olvidan que las universidades se fundaron sobre la base de la idea de la universitas scientiarum, en directa relación con un globus intellectualis, dentro de una configuración imaginaria surgida del relativo y conflictivo encuentro de dos tradiciones: la griega y la judeo-cristiana, y que por cierto, fueron reemplazadas por la expansión de una ratio productiva occidental y moderna, que en el presente, se denomina globalización. Expansión que implicó, entre otras cosas, la transformación de las universidades en estructuras modernas cuyos fundamentos hoy llegan a su fin y requieren de una revisión crítica profunda.

También olvidan o no toman en cuenta, que cuando se habla de sociedad del conocimiento no se sabe muy bien a qué tipo de sociedad se hace referencia y a qué tipo de conocimientos y modalidad organizativa se refieren. Por lo tanto, tampoco se sabe muy bien qué significa en el contexto de esos dis-

cursos, la palabra transdisciplina, salvo una idea totalmente economicista de la organización y producción de los conocimientos.

Como señala Cornelius Castoriadis:

Los peligros enormes, lo absurdo del desarrollo en todas direcciones y sin ninguna verdadera “orientación” de la tecnología no pueden ser superados por “reglas” establecidas de una sola vez, ni por una compañía de sabios, que finalmente se volvería un instrumento, sino ya el sujeto de una tiranía. Lo que se requiere es más que una “reforma del entendimiento humano”; es una reforma del ser humano en tanto ser sociohistórico, un ethos de la mortalidad, una autosuperación de la razón. No necesitamos a algunos “sabios”.

Necesitamos que la mayor cantidad posible adquiera y ejerza la cordura -lo que a su vez requiere una transformación radical de la sociedad como sociedad política, instaurando no solamente la participación formal, sino la pasión de todos para los asuntos comunes [...].- ¿Qué quiere entonces? ¿cambiar la humanidad?- No, algo más modesto: que la humanidad se cambie a sí misma, como ya lo hizo dos o tres veces.¹⁰

4. Conclusión

En definitiva, el desafío transdisciplinario como tensión permanente entre la dispersión que produce la creatividad científica, artística y cultural (que incluye la innovación tecnológica), y la necesidad de una vi-

sión que dé cuenta de la unidad del mundo en que vivimos, es legítimo aunque problemático desde sus orígenes.

En el presente las fuerzas reduccionistas (como el caso de la fuerte presión transversal para la mercantilización de los conocimientos, saberes y experiencias vitales de los individuos) y las transformaciones sociales en curso, cuyas consecuencias políticas es la creciente exclusión y disparidad económica de la mayoría de las sociedades del planeta (donde ni siquiera se ha podido cumplir con los objetivos de la erradicación del analfabetismo), no parecen ser las condiciones más propicias para el logro de un modelo transdisciplinario que dé cuenta de la unidad en devenir de los saberes y conocimientos, como bien común accesible a todos.

Pero tampoco nada está dicho para siempre, porque también es cierto que en la historia se verifican divergencias que tal vez en algún momento, puedan reconfigurar la apariencia determinista del actual estado y rumbo de la humanidad, aunque sus resultados sigan siendo inciertos.

La emergencia de una organización transdisciplinaria asociada a los desafíos del presente y no a la reproducción de una sociedad global clausurada, depende de la emergencia de un sujeto planetario capaz de reconfigurar la relación entre una nueva jerarquía de problemas, una organización de conocimientos accesible y entendida como patrimonio común de la humanidad y una democratización de las relaciones entre los modos de pensamiento y sus respectivos paradigmas.

Notas:

* Este texto es parte de la publicación colectiva titulada EDUCAR CON OTRA CONCIENCIA. UNA MIRADA ECOFORMADORA Y CREATIVA DE LA ENSEÑANZA. Saturnino De La Torre y María A. Pujol (coordinadores), Editorial Davinci. España, 2009.

¹ INTENCIONES. Sur, Buenos Aires, 1980. Pág. 52

² Para una aproximación específica al tema ver Motta Raúl D. Complejidad, Educación y Transdisciplinariedad. EN FILOSOFÍA, COMPLEJIDAD Y EDUCACIÓN EN LA ERA PLANETARIA. IIPC/CIUEM/UANL/FFyL, Monterrey, 2008.

³ Para un desarrollo de la noción de humana condición asociada al tema de la planetarización de las sociedades ver Morin Edgar y Motta Raúl D. DE LA CONDICIÓN HUMANA A LA HUMANA CONDICIÓN, EL DESAFÍO DE LA EDUCACIÓN PLANETARIA. CIUEM/IIPC/UNESCO, BUENOS AIRES, 2008.

⁴ Cuenta Borges que en la antigua China existió un emperador que quería tener un mapa real de su extenso imperio. Para realizar su deseo puso a trabajar hasta el último de sus súbditos. Pasaron los años y muchos viajeros dice Borges, comentaban que de aquel imperio sólo quedaron sus áridas tierras con retazos casi ilegibles, del gigantesco mapa imperial.

⁵ LA CONDICIÓN POSTMODERNA. Cátedra, Madrid, 1984

⁶ ESCRITOS FILOSÓFICOS. Charcas, Buenos Aires, 1982. Pág. 428

⁷ Pasado, Presente y Futuro de la Investigación Interdisciplinaria. en A.A. V.V.: INTERDISCIPLINARIEDAD Y CIENCIAS HUMANAS. Tecnos/UNESCO, Madrid, 1983. Pág. 41

⁸ CURSO DE FILOSOFÍA PARA CIENTÍFICOS. Planeta, Barcelona, 1985.

⁹ Op. cit. Pág. 16

¹⁰ EL MUNDO FRAGMENTADO. Altamira, Buenos Aires, 1993. Pág. 58